

PORFIRISMO Y REVOLUCION⁹⁴

Una de las más formidables requisitorias que contra el régimen porfirista se hallan lanzado, es la contenida en unos cuantos párrafos del elogio fúnebre que en honor del ilustre arzobispo de México don José Mora y del Río, pronunció en noviembre último el culto y el elocuentísimo canónigo Lectoral de la Basílica de Guadalupe y doctor en teología don Angel Garibay K.; elogio fúnebre que, con gran provecho para la verdad histórica, acaba de ser dado a la publicidad.

Después de hacer la exposición docta y pulquérrima de los méritos relevantes y de las campañas apostólicas del aludido alto dignatario cuando tuvo a su cargo las diócesis de Tehuantepec, León y Tulancingo, nos lo presenta el orador en una fase esplendorosa y magnífica: la de su actuación como Arzobispo Metropolitano, frente a frente de la deslumbradora y aureolada figura de Porfirio Díaz, el más habilidoso y desconcertante de nuestros ya múltiples dictadores.

A la vista del modesto prelado se levantaba, majestuosa e imponente, la figura de aquel hombre que a unos supo inspirar admiración y reverencia a otros seducir o corromper, y a casi todos, por muchos años, llenar de pavor y de terror.

“Era la hora en que el tercer imperio, —así llamaba el Padre Garibay a la dominación porfiriana— resplandecía en sus glorias... Con mejor fortuna que el imperio de Iturbide o el olopelesco del Príncipe de Habsburgo, el Caudillo Liberal había consolidado, con el nombre de República, el más duradero y constructivo gobierno de nuestra historia. Cuando el Prelado pudo meditar en esta grandeza creería oír en su corazón las palabras del profeta Daniel: “una estatua grande, de sublime estatura, se erguía frente de ti y era espantosa a la mirada”.”

94 *El Universal*, 21 abril de 1948.

El que todos llamábamos Presidente, era, en efecto, nos dice el orador, más que un rey en su solio. “Dueño de los hombres y de los destinos, estatua maravillosa, pero constituida por heterogeneidad de elementos incoherentes no fundidos en unidad, y carente de aquella vida que sólo puede dar el soplo de Dios.”

El desarrollo de la alegoría continúa en forma de insuperable veracidad y galanura, que deja ver con lucidez hasta lo más hondo de la verdad.

Aquella estatua —la del gran dictador— tenía de oro la cabeza. “Ella resplandecía en el concurso de los pueblos, con una autoridad que todas las lenguas pregonaban y con un aplauso general al milagro de la política y la potencia del ingenio administrativo.”

La plata de nuestras minas había forjado el pecho y los brazos de la estatua gigantesca, “al construir una economía potente, fecunda, de todos celebrada, pero aprovechada principalmente por los pueblos extraños”.

“¡De hierro y bronce eran sus piernas, con aquel ejército, disciplinado, digno entusiasta y apegado al Caudillo, como la trailla al amo; con aquella red de escuelas; con los alardes de ciencia, edificación de monumentos, publicación de preciosos libros! ¡Todo grande, todo imponente, todo inconmovible!”

Pero aquella estatua

“tenía los pies de barro: eran los campesinos, base de toda economía y nervio de toda nación que quiere perdurar en la Historia, vendidos como esclavos en las haciendas, cosidos a la tierra desde antes de nacer el alba hasta morir el crepúsculo, con jornadas de doce, de quince y aun de dieciocho horas y jornales de doce centavos; eran los campesinos, sin tierras y sin esperanzas, nacidos para la servidumbre y contentos con sus vicios: el alcoholismo que minaba la raza; el desenfreno de las costumbres matrimoniales, a imagen de los de arriba.”

“Tenía los pies de barro: eran los obreros de una industria en su mayor parte extranjera, adulatora del Magnate y edificadora de una economía aparatosa y brillante, para provecho sólo del capital; eran los obreros, con salarios de hambre y con tiranías de presidio, que cuando suspiraban con anhelos de reforma social, eran desterrados a los pantanos abrasadores del Trópico, o eran asesinados en el ardor mismo de sus intentos.”

“Tenía los pies de barro: era la clase intelectual directora, envenenada con las ponzoñas de un positivismo materialista, marcada con el laicismo en el pensamiento y en la vida, que es el cúmulo de todos los errores y ha sido el germen de todos nuestros males. Halagada por el Magnate, lo aplaudía siempre; condecorada con ficticios honores lo victoreaba; contenta con el mendrugo y con la gloriola, cerraba los ojos a la realidad que acumulaba ya tormentas en el horizonte social.”

Aquella grandeza humana fundada en la arcilla —nos advierte el panegirista del prelado—, “no podía seducir al alma de un Pastor que había palpado la miseria, en cubierta bajo los resplandores del oro”.

Había dos medios —agrega— para quitar de los ojos la obsesión de la monstruosa estatua. “Uno era el de violencia: ¡fue el que vino al fin!” El otro era el de remediar, a tiempo y con decisión, las miserias de las clases trabajadoras este fue el que intentó y propuso al dictador el sabio generoso prelado. Cumplió éste con su misión al proponerlo e intentarlo; pero el dictador engreído en sus triunfos, no supo responder al llamado: se negó a las reformas y la revolución sobrevino, porque ante la pertinaz denegación de justicia, era aquella ineludible e inevitable.

Lo reconoce así con rectitud y honradez el canónigo Garibay. Sus palabras son éstas: “LA DESGRACIA DE MEXICO NO HA SIDO EL HECHO DE UNA REVOLUCION QUE ERA NECESARIA”. El mal estuvo en que la revolución fuera dirigida por hombres a quienes la pasión gobernaba y a quienes el afán destructivo conducía más allá de los linderos de los justo, con mengua de los valores del espíritu y de los principios morales. Pero el hecho básico queda en pie, y si lo confirma el autor en la pieza oratoria que extractamos: LA REVOLUCION ERA NECESARIA, se imponía como algo que solo la justicia, realizada a tiempo, hubiera podido evitar.

Cierto —digo yo por mi parte— que la revolución, una vez desencadenada, una vez exacerbada por la más torpe e inhumana de las resistencias (diganlo si no el asesinato de Madero y el Cuartelazo), tenía que producir atentados y excesos. Pero, ¿qué revolución no los ha engendrado?

Desde las guerras civiles de la antigüedad clásica, desde las sangrientas conmociones que en Grecia y en Roma provocaron las rivalidades entre ricos y pobres, entre patricios y plebeyos, desde las matanzas y hecatombes de la época de Mario y de Sila, para poner sólo un ejemplo, hasta las rebeliones de campesinos surgidas en Alemania a raíz de la Reforma; y desde las famosas “JACQUERIES” que llenaron de luto y desolación el suelo francés, hasta las jornadas pavorosas y escalofriantes de la gran revolución del 89 y de su lógica consecuencia, el imperio de la guillotina y del terror; nunca en la historia los sacudimientos sociales han dejado de significarse por los más grandes y lastimosos excesos.

Después de siglos de esclavitud y de opresión se explican las represalias, y a nadie puede sorprender que las pasiones de los secularmente oprimidos se desborden en actos crueles, de incontenible ferocidad.

Las revoluciones —decía Bulnes, otro gran orador— se caracterizan y se marcan por la suspensión temporal de todas las leyes jurídicas y morales.

Por supuesto que sería preferible que esto no sucediese. Sería en todos sentidos mejor que una sana política de reforma social y de reparación de lo injusto, impidiese, con oportuna sabiduría, el brutal estallido de la violencia.

Esto es lo que quiso hacer, con espíritu de auténtico cristiano, el señor arzobispo Mora y del Río, según con acopio de hechos se encarga de definirlo y comprobarlo el señor Garibay.

Justo tributo es ése que hay que ofrecer a la honda previsión y a la evangélica rectitud del ilustre prelado. Organizó él, no uno sino varios congresos, para discutir temas agrícolas y agrarios. De la importancia y trascendencia de aquéllos dan fe, entre otras, las iniciativas de reforma social que en el congreso agrícola de Tulancingo se propusieron y aprobaron desde 1904, como si se previera y quisiese atajar la revolución de 1910. Aumento de salarios, mejora en la salubridad de las fincas, lucha contra la mortalidad infantil, hoja de servicios para graduar al campesino en sus tendencias a mejorar institución de centros de ahorros, cajas de mutualidad de auxilios, tiendas organizadas sobre el tipo de las cooperativas de consumo, escuelas regionales rurales para la formación en breve tiempo de jóvenes maestros que se dedicasen a enseñar prácticamente, en haciendas y rancharías, la horticultura, la piscicultura, la ganadería y los trabajos agrícolas con métodos y artefactos modernos; todo esto formó la base de las ponencias y resoluciones aprobadas en ése y otros congresos, organizados todos, por iniciativa y bajo la dirección del diligente arzobispo Mora y del Río.

Fundado es, por lo mismo, en todos conceptos el homenaje que a su memoria rinde el señor canónigo Garibay, en meritorio esfuerzo para hacer triunfar sobre todas las cosas el prestigio de la verdad histórica.